

Franqueo concertado

Año XIX • Núm. 224

CORREO INTERIOR JOSEFINO

Al Serafín del Carmelo

Gloria de la Iglesia Católica y honra de España



Santa Teresa de Jesús

COLEGIO DE SAN JOSÉ

Tortosa y Octubre de 1915.

JT - F 1167

SUMARIO

A la Santa de nuestros amores.—I. El Retrato.—
II. Presagios.—III. La Santa.—IV. Escritora.—V. Pane-
girista.—VI. Devociones.—VII. Doctora mística.—VIII. La
Favorecida.—Arenga.—Para terminar.

GRABADOS: Portada.—Retrato de Santa Teresa.—
Ávila: Convento de Padres Carmelitas levantado en el
solar de la casa donde nació Santa Teresa.—La niña Tere-
sa y su hermano caminando en busca del martirio.—La
inspirada escritora.—Ávila: Aposento convertido en
capilla donde habitó la Santa más de treintisiete años.—
El Señor atado a la columna se aparece a Santa Teresa.—
La Transverberación.—Ávila: Convento de San José,
primera fundación de Santa Teresa.—Mi honra es tu
honra y la tuya mía.—¡Loor a Santa Teresa!

T. 1257895

C 71677565



P. 159735



A la Santa de nuestros amores

No nos resignamos fácilmente a que haya quien nos gane y se distinga más que nosotros en el amor a la Iglesia y en el amor a la Patria.

Por nuestra pobreza de recursos, podremos no atinar en la forma digna y más elocuente de exteriorizarlos, pero en tales circunstancias fiamos al esfuerzo y buena voluntad la misión de pregonar que somos entusiastas como los que más de las glorias de la Iglesia y que es regalo para nuestro espíritu cuanto redunda en honor y exaltación de la Patria.

Gloria, la más pura de la Iglesia, ornamento insigne de la nación española, es la incomparable Teresa de Jesús, y al conmemorar los fervientes católicos y buenos patriotas las inmortales fechas del Tercer Centenario de la beatificación de la Santa y Cuarto del nacimiento de la Española, nosotros hubiéramos querido disponer de muchos y valiosísimos medios para decir, como lo vislumbra el entendimiento y lo siente y goza el corazón, que después de la Santísima Virgen, con la cual nadie puede parangonarse, no vió la tierra mujer tan extraordinariamente grande, tan celestial y a la vez tan humana, como nuestra Teresa de Jesús.

No olvidamos los consejos que la prudencia ha formulado para escribir y hablar con tino de, los santos y lo temerario que resulta ensalzar a unos, ponerlos sobre las nubes, con menoscabo de las prerrogativas y grandezas de los otros. Librenos Dios de pronunciar jamás una sola palabra que no esté en todo conforme con las enseñanzas de la Iglesia; pero creemos que la frase, al parecer hiperbólica, puede sostenerse sin mengua de las excelsas representantes que tiene el sexo piadoso entre los felices moradores de la Iglesia triunfante; y si es muy cierto que la frase fué dictada por el más intenso cariño, queremos también hacer constar que la escribió el más arraigado convencimiento de que la española Teresa de Jesús no tiene par ni como sabia, ni como apóstol, ni como santa.

* * *

Y ahora vaya un poco de historia narrada en la intimidad de la familia josefina.

El año centenar tocaba a su fin y no habíamos hecho nada que fuera expresión fiel de nuestros deseos y contentara cumplidamente nuestras aspiraciones. Rumiando estábamos el diseño de un sencillo homenaje de admiración a la Santa de nuestros amores, cuando, como venido del cielo, se nos acercó un *chiflado* por la Andariega castellana, preguntando a quema ropa y sin preámbulos de ninguna clase, lo que costaría un número extraordinario del CORREO I. JOSEFINO, todo dedicado a la insigne Avilesa.

La verdad sea dicha, el entusiasta josefino y celoso propagador de las glorias teresianas, no tenía exacta y cabal idea de lo que se necesita para un extraordinario, por modesto que se planee, y a nuestros reparos e instrucciones, contestó dejándonos ver hasta el fondo de su bolsillo, mientras exclamaba con cierta pena: No dispongo de más.

El rasgo de generosidad resultaba verdaderamente oportuno y tentador, pero no era para exaltar la fantasía y que después soñara en riquezas y primores de papel y menos en geniales filigranas artísticas. Con todo nos alentó a pensar en algo más que en una sentida dedicatoria con el correspondiente grabado de la Santa. Y como no había tiempo que perder, pusimos en seguida las manos en la obra, interpretando las generosas y espontáneas iniciativas del inesperado bienhechor, como señal inequívoca de que el amante Jesús nos exigía que obsequiáramos de la mejor

manera posible, a su fidelísima esposa, la incansable Reformadora del Carmelo.

* *

Resueltos a trabajar, nos fijamos con tenacidad en el fin de la obra y prescindimos por el momento del modo y medios de realizarla: mostrar a los seminaristas lo simpatiquísima que es Santa Teresa de Jesús para infundirles o despertarles ganas de trabar relaciones íntimas con ella; ponerles en el caso de que la estudien en los múltiples y siempre interesantes aspectos de su accidentada y compleja vida; y el conocimiento se trocará luego en admiración, la admiración engendrará puro y activo amor y el amor estímulo y ansias de imitarla y, paralelamente, la noble comezón del celo que fuerce y obligue a pregonar por todas partes las maravillas de virtud y ciencia de la gran Santa española, para que las demás gentes la estudien también, y la conozcan, y la admiren, y la amen y la imiten y nos convirtamos todos en sus apóstoles... Y al católico indiferente y al mal patriota que se sorprenda de nuestro entusiasmo y quiera entibiar nuestros fervores, digámosle que todo nos parece poco para la honra que merece el Serafin del Carmelo, ya que en frase tan feliz como justamente ponderativa del inglés Padre Faber «serían necesarias innumerables eternidades para pagar a Dios el beneficio inestimable que nos dispensara, dándonos, así a nosotros como a su Santa Iglesia, la *Seráfica Madre* Santa Teresa de Jesús.»

* *

Y desde las alturas del fin descendimos al terreno, no siempre fácil, de los medios.

Todo esto, pensábamos, tal vez lo conseguiríamos, si supiéramos escoger los rasgos más principales de la virtud atrayente de la Santa y las flores más delicadas de su portentoso y siempre feliz ingenio.

Los *rasgos* despertarán anhelos de conocer la vida en su conjunto; las *flores*, el jardín donde tales encantos y maravillas se han producido.

Y con cariño, sí, pero con temor reverencial, recogimos los *rasgos* y cortamos las *flores*.

Y el número conmemorativo del Centenario de Santa Teresa quedaba hecho.

Lo demás se conseguirá si, como esperamos, la gracia de Dios alumbrá la mente y fortalece la voluntad de nuestros amados seminaristas.

De corazón se lo pedimos.

* * *

Los que han estudiado y conocen a la perfección las Obras de la Santa, si nos leen, han de ponernos por fuerza reparos de importancia, que no trataremos de deshacer, pero sí de atenuar algún tanto para que se aprecie cuando menos la rectitud de nuestras intenciones.

Presentamos a Teresa de Jesús como Santa, y para probar que lo fué, aducimos testimonios de su profunda *humildad* y sus ansias de *padecer* o *morir* por Jesucristo. Está bien; pero se citan algunos rasgos que prueban poco y se hace caso omiso de hechos, reveladores de más sólida *humildad* ó que pondrían de cuerpo entero a la generosa mártir de los sufrimientos. Y la misma observación vale para todos los demás capítulos o apartados.

Aunque de propio intento nos hubiéramos propuesto escoger los fragmentos más hermosos, interesantes y mejor acomodados a nuestro fin, estamos seguros no lo hubiéramos conseguido a satisfacción de todos, pues aparte de nuestra insuficiencia para un perfecto discernimiento en tan delicada materia, está la inevitable variedad de criterios, donde quiera que concurren más de dos sujetos para emitir fallo en cuestiones de buen gusto.

También debemos solicitar una generosa indulgencia porque truncamos pasajes y transcribimos párrafos incompletos de la Santa. Al perdonarnos estas y otras faltas, que humildemente confesamos, ahórrense el trabajo de imponernos penitencia, que harto grave la cumplimos con haber de renunciar a la publicación de ricos y variados materiales que encontramos, entre otras obras, en las completas de Santa Teresa publicadas bajo la inteligente dirección de La Fuente y en la *Vida* escrita por el P. Francisco Ribera y perfeccionada por el benemérito P. Jaime Pons, ambos de la Compañía de Jesús.

Habrá, acaso, otros más escrupulosos que nos objeten: Es que hay materiales en el capítulo de la Santa como *escritora* que encajarían mejor en la Santa *humilde* y otros que abonan a la

Doctora mística que reclaman con imperio un pronto traslado a la *Mártir* de los sufrimientos.

El extraordinario relieve de nuestra Santa en sus múltiples y variados aspectos, constituirá siempre una gravísima dificultad, aun para los muy entendidos, que con las reglas de la crítica en la mano, quieran clasificar sus producciones. La inspirada autora de *Las Moradas* no se propuso producir bellezas, ni escribió una sola palabra para recreo del gusto estético; pero contando las peripecias de sus viajes de fundadora, tiene párrafos de muy soberana elocuencia, y en sus cartas, escritas al correr de la pluma y bajo la preocupación de centenares de negocios de importancia, se encuentran pensamientos originales y frases tan felices, que para sí los quisieran muchos que hacen del uso de la pluma una profesión y que pasan en el mundo de las letras por verdaderas celebridades.

En resumidas cuentas y para terminar: con desconfianza en las propias fuerzas y temerosos de incurrir en una siempre lamentable aunque involuntaria profanación, nos introdujimos en los dilatados y fértiles campos teresianos, escogimos de sus variadas plantas y delicadísimas flores las que nos parecieron más apropósito para nuestro objeto, las juntamos en forma de ramillete y... lo ponemos gustosos a disposición de cuantos quieran aspirar su perfume suavísimo, creyendo con ello rendir un tributo de admiración a Santa Teresa de Jesús y hacer una obra buena, que sabrán agradecernos nuestros amados seminaristas.

Que la Santa de nuestros amores nos perdone si alguna vez, muy contra nuestra voluntad, la hacemos hablar un poco fuera de tino, que ya saben nuestros lectores que siempre fué discreta y prudente y, por ende, muy remirada en lo que decía y cómo lo decía para promover en todos sus actos la mayor gloria de Dios y la santificación de las almas.



EL RETRATO

«Santa Teresa era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa; y aún después de vieja parecía harto bien; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción: la color blanca y encarnada; y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraban a negro, grandes y algo gruesas; los ojos negros y redondos, no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que, en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña; tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo: la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; la barba bien hecha; las manos pequeñas y muy lindas.

En la cara tenía tres lunares pequeños, que la daban mucha gracia. Estas particularidades he yo sabido de personas que más despacio que yo se pusieron muchas veces a mirarlas. Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire y andar; y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho.»

«Sacóse, estando ella viva, un retrato, porque lo mandó su Provincial, que era el padre maestro Fray Jerónimo Gracián que se dejase retratar: y sacóle un fraile lego de su orden, siervo de Dios, que se llamaba Fray Juan de la Miseria.»

Y añade el P. Ribera, de quien son los datos transcritos:

«En esto lo hizo muy bien el Padre Gracián, pero mal en no buscar para ello el mejor pintor que había en España, para retratar a persona tan ilustre más al vivo para consuelo de muchos.»

*
*
*

Que daría incompleto el retrato si no diéramos a conocer algunos de los rasgos más principales con que el mismo Padre hace resaltar el aspecto moral de la Santa.

«Viniendo al alma, escribe, tenía muy buen ingenio, y echábase bien de ver en las labores que hacía, inventando muchas, y labrando historias que ponían devoción y admiración. Su prudencia era mucha, para encaminar las cosas que emprendía. Tenía gran destreza para despachar negocios. Calaba con facilidad el entendimiento y talento y condición de las personas que trataba, y veía por dónde los había de llevar.»

«Tenía un ánimo, más que de mujer, fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería, y hacía estar a raya las pasiones naturales, ayudada de Dios. No dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de éstas gustaba mucho; las que eran fáciles y ordinarias no la daban ese contento, ni se inclinaba tanto a tratar de ellas. Con ser tan amiga de la pobreza, era tan liberal y animosa para gastar donde era menester, aunque no lo tuviese, y muy cumplida en todo.»

«Su habla era muy graciosa, y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y a cualquiera cosa que se tratase salía muy bien, y entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían. Tenía gracia particular para atraer a sí los corazones. Era agradable a todos, amiga de ayudar y hacer bien, y de dar gusto, aunque fuese muy a costa suya y padeciendo ella mucho. Enemiga de hipocresía y murmuraciones, aunque fuesen livianas; no sabía decir mal de nadie, sino de sí; a todos alababa,

las virtudes ajenas publicaba y engrandecía; las suyas tenía gracia particular en encubrirlas y deshacerlas.»

«Era honestísima, y naturalmente aborrecía toda deshonestidad en palabras y en obras, y muy recogida, y en todo bien inclinada. Y como era amiga de la limpieza del alma y del cuerpo, así también lo era de la limpie-



Retrato de Santa Teresa

(Pintado por Fr. Juan de la Miseria)

za de los vestidos, y de traerlos bien puestos, y andar aseada, porque toda descomposición, así interior como exterior, la descontentaba.»

* * *

El Padre Gracián, como si presintiera o hubieran llegado a sus oídos las quejas contra su proceder, por obligar a la Santa a ser retratada por un mal pintor, pretende dar una explicación que justifique su conducta y escribe:

«Tres maneras hay de hermosura y perfección: la primera, la hermosura del cuerpo; la segunda, hermosura de la buena condición; la tercera, la hermosura del alma. Hermosa se llama una mujer de buen rostro etc., y hermosa, apacible y agradable una buena condición, buen trato y buena

manera de proceder. Y hermosura del alma cuando está en gracia de Dios, y ama y es amada de Cristo, y procura subir a lo más perfecto del amor.

«Nuestra beata *Teresa*, no fué en su tiempo fea de rostro; que aunque algunos retratos suyos, que andan por ahí, no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años; yo por mortificarla, siendo su prelado, mandé que la retratara un fraile lego llamado fray Juan de la Misericordia, que en el claustro del convento de Sevilla estaba haciendo ciertas pinturas, y no era muy buen pintor; que, de otra manera, no hubiera retrato suyo; ni ella ni yo consintieramos la retratara nadie.»

* * *

JUICIO DEL RETRATO.—Refiérese que al ver Santa Teresa el trabajo pictórico del humilde frailecico, le dijo con su natural donaire: «Dios te lo perdone, fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe y al cabo me has pintado fea y legañosa.»

II

PRESAGIOS

EN BUSCA DEL MARTIRIO.—«Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí; juntábamonos entrambos a leer vidas de santos: como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo muy mucho morir así... Juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para ésto. Concertábamnos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos *descabezasen*».

El biógrafo de la Santa completa su relación y el fracaso de la huida a tierra de moros:

«Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Avila, se fueron por el puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió a su casa con harto contento de su madre, que los hacía buscar por todas partes con mucha tristeza. El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino.»

* * *

A los dos niños ponía mucho espanto lo que leían en los libros, «que la gloria y la pena había de ser para siempre, y en este *para siempre* se detenían repitiéndolo muchas veces con mucho gusto: *para siempre, para siempre, para siempre.*»

«Y desde luego se propusieron seguir el camino que les parecía más fácil para llegar pronto a la gloria, que había de durar *para siempre.*»

* * *

YA QUE NO MÁRTIRES, ERMITAÑOS.—«De que ví que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamnos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamnos remedio en nada para nuestro deseo.»

* * *

«Cuando jugaba con otras niñas, gustaba mucho de hacer monasterios, como que éramos monjas». «Deseaba ya serlo, escribe el P. Ribera, aunque

no con tantas veras como lo del martirio y de la vida solitaria, pero ya mostraba el Señor por allí, a quien lo pudiera entender, los monasterios que después, a tanta gloria suya y de su santísima Madre, había de fundar.»

* * *

«Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fume a una imagen de Nuestra Señora, y supliquela fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a ella.»

III

LA SANTA

Para calcular los grados de perfección de un alma, se han de medir primero los de su humildad. Si a Teresa de Jesús la vemos brillar en lo más encumbrado de la santidad, es porque fué profundamente

HUMILDE

«... Andemos en verdad delante de Dios y de las gentes,... no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras, dando a Dios lo que es suyo, y a nosotros lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable. Una vez estaba yo considerando, por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad: y púsoseme delante esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más a la suma verdad, porque anda en ella.»

Prueba el poder irresistible de la humildad con un ejemplo tomado del juego del ajedrez.

«Pues creed, que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun así me habéis de reprender, porque hablo así cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía; mus dicen que es lícito algunas veces, y ¡cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego! ¡Y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así le haga rendir como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas.»

* * *

Da los caracteres para distinguir la verdadera y falsa humildad.

«En la verdadera humildad, aunque se conoce el alma por ruín, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, no viene esto con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la obscurece

ni da sequedad; antes la regala y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Para que, por otra parte, conhorta de ver cuán gran merced la hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es. Duélele lo que ofendió a Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse a sí, y alaba a su Majestad porque tanto la sufrió.»

«En la otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego y a sangre; representale la justicia y aunque tiene fe que hay misericordia, es de manera, que no consuela. Es ésta una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él. Inventa el maligno espíritu esa humildad falsa, para desasosegar y probar si puede traer el alma a desesperación.»

* * *

«Bien mirado, nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenos de ellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir que no tenemos pecado. Ansí, que, aunque no sea en lo mesmo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús...»

«Nunca penséis que ha de estar secreto el bien que hiciéredes, por encerradas que estéis. ¿Y pensáis, hijas, que, aunque vosotras no os disculpéis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirar cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del Fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que a sí, que ya, al tiempo que tuvo un ladrón que tornase por El, estaba en la cruz. Aún que su Majestad moverá a quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.»

* * *

«Yo digo a vuestra merced, que aquí hay una gran comodidad para mí, que yo he deseado hartos años há, que aunque el natural se halla solo, sin quien le suele dar alivio, el alma está descansada. Y es que no hay memoria de Teresa de Jesús, más que sino fuese en el mundo. Y esto me ha de hacer no procurar irme de aquí, si no me lo mandan; porque me veía desconsolada algunas veces de oír tantos desatinos, que allá en diciendo que es una santa, lo ha de ser sin pies ni cabeza. Rfense porque yo digo que hagan allá otra, que no les cuesta más de decirlo.»

* * *

«Lo que pido a vuestra merced por amor de Nuestro Señor, es que siempre se le ponga delante la que soy, para no hacer caso de las mercedes que me hace Dios, si no es para tenerme por más ruín, pues tan mal le sirvo, que está claro es recibir y quedar más adeudada; sino que vengue vuestra merced, a este Señor de mí, pues su Majestad no quiere castigarme sino con mercedes, que no es pequeño castigo para quien se conoce.»

* * *

«Quisiera yo, que como me han mandado, y dado larga licencia, para que escriba el modo de oración, y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que por muy menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruín vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido...»

«Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mía».

Y como la avisara con insistencia cierto sacerdote que procurara guardarse de la vanagloria, contestóle ella modestamente: «No me acuerdo haberla tenido jamás, aunque harto mal me parece no tener de qué la tener.»



AVILA.—Convento de Padres Carmelitas levantado en el solar de la casa donde nació Santa Teresa

«Me da cuidado ver que soy el estropeizo por donde todos padecen: que como he dicho algunas veces, como a Jonás, quizás sería remedio me echasen en la mar para que cesara la tormenta, que quizás es por mis pecados.»

* * *

Si alguna de sus hijas le decía alguna cosa que pareciese en alabanza suya, se afligía mucho y solía decir:—«Creo que después de muerta me han de dejar estar en el purgatorio hasta el juicio, porque creyendo que soy santa, no me han de encomendar a Dios.»

Hablando cierto día una sierva de Dios con la Reformadora del Carmelo, le dijo:—Mire, madre, ella bien puede ser santa, mas a mí no me lo parece. A lo cual respondió muy alegre: «Dios se lo pague, que dice la verdad, y me ha conocido.»

* * *

Levantándola muchos falsos testimonios en Sevilla, exclamó: «Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quién soy, que en otros todos están engañados, y me tratan como ellos piensan que soy, y aquí como merezco.»

SUFRIMIENTOS

Como el Señor encontró en su fiel Esposa Teresa un espíritu rebosando en ansias de padecer por su amor, la regaló pródigamente con los frutos de su Cruz. Si de niña se le niega la corona del martirio, se la conquista más tarde y muy espléndida, a costa de inauditas persecuciones e inconcebibles sufrimientos.

Hablando de los trabajos, escribe a un su confesor:

«Oh que buenos tesoros son éstos. No se compran por ningún precio, pues por ellos se gana tan gran corona. Cuando me acuerdo que el mismo Señor nuestro y todos sus santos fueron por ese camino, no me queda sino haber envidia a vuestra paternidad, porque ahora ya no merezco padecer, sino es sentir lo que padece quien bien quiero, que es harto mayor trabajo.»

«Crea, mi padre, que tengo entendido, que no quiere el Señor tenga en esta vida sino cruz y más cruz.»

Hay almas que «no abrazan, sino llévanla arrastrando, y así las lastima y hace pedazos; porque si es amada, es suave de llevar, y esto es cierto.»

«Tengo yo para mí que la medida de poder llevar gran cruz, o pequeña, es la del amor.»

Ansí que, hermanas, si le tenéis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su Majestad quisiere. Porque, si de otra manera dáis voluntad, es mostrar la joya, e irla a dar, y rogar que la tomen; y, cuando extienden la mano para tomarla, tornáosla vos a guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotras; aunque no hubiera otra cosa, no es razón que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el *Pater noster*. Démosle ya una vez la joya del todo.»

«Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras?»

«Heme acordado de una santa que conocí en Avila, que cierto se entiendo lo fué su vida de tal. Habíalo dado todo por Dios cuando tenía, y habíale quedado una manta con que se cubría y dióla también; y luego dale Dios un tiempo de grandísimos trabajos interiores y sequedades, y después quejábasele mucho, y decíale: Donoso sois, Señor, ¿después que me habéis dejado sin nada os me váis? Así que, hija mía, de éstos es Su Majestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor paga; porque la de ellos es el amor de Dios.»

«Préciese de ayudar a llevar a Dios la cruz, y no haga presa en los regalos, que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde como hacen los grandes al rey.»

EJEMPLO AL CANTO.—Habla de sí misma con la delicadeza que verá el piadoso lector y escribe:

«Yo conozco una persona, que desde que comenzó el Señor a hacerle esta merced (la de grandísimas enfermedades), que há cuarenta años, no puede decir con verdad, que ha estado un día sin dolores, y otras maneras de padecer. Verdad es, que había sido muy ruín, y para el infierno que merecía, todo se le hace poco.»

* * *

VÉASE CÓMO FUERON SUS ENFERMEDADES.—«Dióme un parasismo que me duró estar sin sentido cuatro días poco menos, en esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora o momento pesaban espiraba, y no hacían sino decirme el Credo... La pena de mi padre era grande...; clamores y oraciones a Dios muchas; bendito sea El que quiso oirlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá... quiso el Señor tornase en mí.»

«Quedé destos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los inoportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida, la garganta... que me ahogaba, que aún el agua no podía pasar... Toda encogida hecha un ovillo, sin poderme menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, sino me meneaban, sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha... En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban... .El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía, ya digo que estar así me duró más de cuatro meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios.»

«Tenía perdida la muñeca, y así fué terrible el dolor y trabajo, como había tanto que caí. Con todo me he holgado por probar lo que pasó nuestro Señor en algún poquito. Parece que quedo curada, aunque ahora con el tormento, poco se puede entender si lo está del todo; mas menéase bien la mano, y el brazo puedo levantar a la cabeza, mas aun tiempo hay para estar bueno del todo. Crea vuestra paternidad que si tardara un poco más, quedaba manca. A la verdad, no tenía mucha pena, si Dios lo quisiera.»

«Ahora su Majestad lo hace todo. Yo no entiendo sino en regalarme; en especial tres semanas há, que sobre las cuartanas me dió dolor en un lado y esquinancia (angina). El uno de estos males bastaba para matar, si Dios fuera servido; mas no parece le ha de haber que llegue a hacerme este bien. Con tres sangrías estoy mejor. Quitáronseme las cuartanas.— Mas la calentura nunca se quita y así me purgo mañana. Estoy ya enfadada de verme tan perdida, que si no es a misa, no salgo de un rincón, ni puedo. Un dolor de quijadas, que há cerca de mes y medio que tengo, me dá más pena...»

«A mí me parecía imposible, luego que aquí vine, poder mi poca salud

y flaco natural tanto trabajo... para que vea, que todo se puede en Dios, como dice San Pablo.»

* * *

NO LE ARREDRAN SUFRIMIENTOS.—«Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas... ¡yo prometo a vuestra merced no perder tiempo, ni hacer caso de mi mal, aunque tornasen las calenturas...! pues no habíamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir a Quién, tan sin merecerlo, siempre vivió en trabajos.»

Estando muy enferma en Burgos, diéronla en el hospital un aposento desabrido y frío, y compadeciéndose de ella sus compañeras, las decía que era demasiado bueno, que le daban más de lo que merecía. Y al ver que con gran esmero le preparaban su pobre camilla decía: «Oh Señor mío, ¡qué cama tan regalada es ésta estando vos en una cruz!...»

* * *

AVISO PARA SACAR FRUTO DE LAS PERSECUCIONES.—«Para que las persecuciones e injurias dejen en el alma fruto y ganancia, es bien considerar, que primero se hacen a Dios, que a mí; porque cuando llega a mí el golpe, ya está dado a esta Majestad por el pecado. Y también que el verdadero amador ya ha de tener hecho concierto con su Esposo de ser todo suyo, y no querer nada para sí: pues si El lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros? El sentimiento había de ser por la ofensa de su Majestad, pues a nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra de este cuerpo, que tan merecido tiene el padecer.»

LA SEÑAL DE LAS OBRAS DE DIOS.—«Antes me ponía sospecha esa fundación porque se había hecho tan en paz; que en todas las casas, que nuestro Señor se ha de servir mucho, como al demonio le pesa, siempre es así.»

«Aquí habemos tenido una contradicción muy grande y de personas de las principales que aquí hay...; así gratifica su Majestad las buenas obras...»

«Cuando nos apedreen a vuestra merced y al señor su yerno y a todos los que tratamos en ello... entonces irá bueno el negocio, y creeré yo que no perderá nada el monasterio, ni los que pasamos el trabajo, sino que se ganará mucho.»

* * *

Omitimos los terribles sufrimientos que, por permisión de Dios, le ocasionó el demonio, los que le proporcionaron los propios y extraños, lo que padeció en los viajes y posadas, porque nos haríamos interminables, y condense sus ansias de martirio con la valiente frase de todos conocida y que la Santa repetía con frecuencia:

«Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí.»

IV

LA ESCRITORA

Vayan por delante dos juicios formulados por personas de opuestas escuelas y criterios diferentes y que coinciden ambas en colocar a la Mística Doctora en primera fila entre la gloriosa pléyade de mujeres que en el transcurso de los tiempos han manejado la pluma.

El primero es de un Padre de la Compañía de Jesús y dice así:



La niña Teresa y su hermano caminando en busca del martirio

«Tengo por imposible que ingenio alguno, por más aventajado que fuera en lo natural, y más adelantado en todas las ciencias, que con humano estudio se granjean, pudiese tratar las altas materias que la santa Madre en estos libros trata con la claridad y estilo tan familiar, por lo cual tengo por certísima verdad lo que la dicha santa Madre algunas veces dice, que su Señor y Maestro Jesucristo le decía lo que había de escribir, y cómo lo había de escribir, y así con estos ojos venero y estimo los dichos libros, los cuales, en España y en Roma, he visto ser estimadísimos, y así los tengo por utilísimos sobre todos cuantos he leído, y afirmo que de todos ellos ningunos me enseñan y mueven como estos de la dicha santa Madre.»

El otro pertenece a nuestros días y escribe que no ensalza a Santa Teresa «como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los Santos, los Doctores, y los Prelados sus contemporáneos la ensalzaban, sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo, incrédulo tal vez, con otros pensamientos, con otras aspiraciones y, como ahora se dice, con otros ideales.»

Y apesar de todo afirma:

«Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par.» Porque «toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo comparada a Santa Teresa.»

Y añade: «A fin de decir, sin emplear muchas palabras, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración que la agitaba y movía al escribir su

mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera, que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, aun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbasen.»

«No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática, ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo ser.»

«Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, a los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro que crece y llega a su colmo en su último libro, en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior o las Moradas*.»

* * *

Si la Santa escribe, es siempre por motivos de obediencia. Habla del libro de su *Vida* y consigna este rasgo de ingenua humildad:

«Yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperálo a quien lo envió, que sabrá mejor entender lo que va mal que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen; desde ahora doy licencia... Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy ni quiero, si a alguien lo mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro ni a nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda para no ser conocida... Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere será suya y no mía... (porque solos los que me lo mandan escribir, saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar...) así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo será de mí, y vuesa merced lo quitará.»

Persuadía el P. Gracián a Santa Teresa con mucha importunación que escribiese el libro que se llama *Las Moradas*. Ella respondía siempre:— «¿Para que quieren que escriba? escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo: pondré un vocablo por otro, con que haré daño. Hartos libros hay escritos de cosas de oración: por amor de Dios que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión, como las demás hermanas, que no soy para escribir, ni tengo salud y cabeza para ello.»

INSISTE EN PONDERAR SU IGNORANCIA.—«Sírvese su Majestad de todo, que si algo bueno va aquí, bien creeréis no es mío, pues ven las hermanas que están conmigo con la priesa que lo he escrito...»

«...Y está muy claro, que cuando algo se atinase a decir, entenderán no es mío, pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da...»

«Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto algunas veces tomo el papel, como una cosa boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar.»

* * *

FRASES Y PENSAMIENTOS.—Páginas enteras y hasta tratados completos de las obras de la Santa revelarían mejor a la inspirada escritora, pero preferimos poner de manifiesto su peregrino ingenio por medio de un ramillete de *frases y pensamientos*, cuya aroma de cielo aspirarán con provechoso deleite nuestros benévotos lectores.

«Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atórménenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de las ganancias con que sacáis a quien en solo Vos confía.»

«Nunca nos venga bien, yendo contra la voluntad de nuestro Bien.»

«Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es de muy santas, que no retóricas.»

«Aunque las mujeres no somos buenas para consejo, alguna vez acertamos.»

«¡Oh qué bien me va con el confesor! que, para que haga alguna penitencia, hace que coma cada día más de lo que suelo, y me regale.»

«¡Mire si obedezco bien! Cada vez pienso que tengo esta virtud, porque, de burlas que se me mande una cosa, la querría hacer de veras.»

«Somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y cómo la apocamos con cosas tan apocadas, como son las de la tierra.»

«Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra El, no quebrantar esta amistad.»

«Los ojos en vuestro Esposo, El os ha de sustentar. Contento El, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia.»

«...Dejad ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros.»

«Verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra, no le faltemos nosotros, que no hagáis miedo que falte: y si alguna vez os faltase, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los Santos cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco sería acabar presto con todo y gozar de la hartura perdurable.»

«Crea, que a una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios.»

«Enojada estoy de esos ayunós de la priora: dígaselo que por eso no la quiero escribir, ni tener cuenta con ella. Dios me libre de quien quiere más hacer su voluntad, que obedecer.»

«A Juana de Jesús que me haga saber cómo está, que tenía muy chica cara el día que me vine.»

«¡Oh Jesús y qué soledad me causa verlas tan lejos! Plega El que estemos juntas en aquella eternidad, que, con que todo se acaba presto, me consuelo.»

«Le envió ese cilicio... Riéndome estoy, cómo él me envía confites, regalos y dineros, y yo cilicios.»

Hablando de sus monjas de Villanueva de Jara dice: «El más tiempo rezaban el Oficio divino con un poco que sabían leer, que sólo una lee bien;... y como no sabían leer, estábanse muchas horas. Dios tomaría su intención y trabajo, que pocas verdades debían decir.»

«¡Ah! hasta las paredes no quisiera ver de quien tan poco nos quiere.»

«No hay cosa que yo tanto sienta como dolor recio; aún en mis enemigos no lo quisiera.»

«Indigna sierva de vuestra merced e hija, aunque le pese.»

POETISA

Lo fué también Santa Teresa y de las más inspiradas. Como prueba de lo dicho, transcribimos un pequeño fragmento de la introducción a las obras poéticas de la Santa.

«Que Santa Teresa fué poetisa no admite duda. Que el amor divino, purificando en su fuego santo las ideas, las hace más sublimes y elevadas, es indudable. La primera poetisa de la nueva Ley es la Virgen María. Su prima Santa Isabel la ensalza, y ella refiriendo esos elogios a Dios se humilla ante El y prorrumpie en el sublime cántico del *Magnificat anima mea Dominum*. Santa Teresa, imitando tan divino modelo, fué también poetisa y se expresaba como aquella en los momentos solemnes de humildad, de amor y de gratitud. Oigamos a ella misma cómo habla de los momentos de su inspiración. «Oh, ¡válame Dios, cuál está un alma cuando está ansi! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos,



LA INSPIRADA ESCRITORA

atinando siempre a contentar a quien la tiene así: Yo sé persona, que, con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas, declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para ganar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios.» Quién era esta persona que no era poeta, ya se deja entender. Era la misma Santa, que era verdadera poetisa.»

FUENTES DE INSPIRACIÓN.—Lo eran e inagotables para la insigne Castellana las funciones religiosas con motivo de entradas, toma de hábitos y profesiones de sus monjas, y las alegres fiestas de Navidad.

Véanse unas muestras de la primera clase:

DE ENTRADA:

*Pues que nuestro Esposo
Nos quiere en prisión,
A la gala gala
De la Religión.*

¡Oh qué ricas bodas
Ordenó Jesús;
Quiérenos a todas
Y danos la luz;
Sigamos la Cruz,
Con gran perfección;
A la gala gala
De la Religión.

Este es el estado
De Dios escogido,
Con que del pecado
Nos ha defendido;
Hános prometido
La consolación,
Si nos alegramos
En esta prisión.

Darnos há grandezas
En la eterna gloria,
Si por sus riquezas
Dejamos la escoria,
Que hay en este mundo,
Y su perdición;
A la gala gala
De la Religión.

¡Oh qué captiverio
De gran libertad,
Venturosa vida
Para eternidad!
No quiero librar
Ya mi corazón;
A la gala gala
De la Religión.

* * *

CONSAGRACIÓN AL SEÑOR:

*Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado. *

Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues a mi Dios me he entregado,
Y mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.

* * *

VIVO SIN VIVIR EN MI.—Refiere el venerable padre Yepes en la vida de la Santa, que estando en la fundación de Salamanca, cantaron en una Pascua el siguiente cantar:

«Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.»

Con estas coplas, como la tocaron en lo vivo, porque le tocaron en la muerte que ella tanto deseaba para ver a Dios, salió fuera de sí en términos tales, que llegó a perder los sentidos. Al volver en sí, y estando en estos ímpetus, hizo la Santa las siguientes coplas, nacidas de la fuerza del fuego que en sí tenía:

Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace a Dios ser mi cativo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mi tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quítame Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera;
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero
Que muero porque no muero.

Vida ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte a tí,
Para mejor a El gozarle?

Quiero, muriendo, alcanzarle,
Pues a El sólo es el que quiero
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo a aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
Oh, mi Dios, cuándo será,
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero.

«Pensé que nos enviara vuestra merced el villancico suyo; porque éstos ni tienen pies ni cabeza y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno que hice una vez... Eran (ya no sé si eran así), y porque vea desde acá le quiero dar recreación.

¡Oh hermosura, que ecedéis
A todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis;
Y sin dolor deshacéis
El amor de las criaturas.
¡Oh nudo, que ansí juntáis
Dos cosas tan desiguales!
No sé porqué os desatáis:

Pues atado, fuerza dáis
A tener por bien los males.
Quien no tiene sér, juntáis
Con el sér que no se acaba:
Sin acabar, acabáis:
Sin tener que amar, amáis:
Engrandecéis nuestra nada.

No se me acuerda más ¡qué seso de fundadora! Pues yo le digo que me parecía estaba en harto, cuando dije esto. Pienso le ha de enternecer esta copla y hacerle devoción; y esto no lo diga a nadie.»

* * *

DOS ANÉCDOTAS.—Gustaba la Santa de que sus monjas anduviesen alegres y que cantasen en las fiestas de los Santos e hiciesen coplas. Mas, como gustaba de dar ejemplo en todo, hacíalas ella misma y las cantaba en unión de sus monjas. •

Hé aquí cómo corregía y reprendía a las que rehusaban hacerlo: Dió a copiar en cierta ocasión a la madre Inés de Jesús unas coplas devotas, que ella desdeñó de persona tan grave; la Santa, penetrándole el pensamiento, entró en la celda de la monja, y le dijo con mucha gracia sin preámbulo alguno: «Todo es menester para pasar esta vida: no se espante». La monja confundida se postró a sus pies.

Refiérese de otra, a quien la Santa, en cierta festividad, mandó cantar unas coplitas, que respondió desdeñosa: «¡Ahora a cantar!... Mejor fuera a contemplar». La Santa le envió a su celda a contemplar; pero luego, por desobediente e impertinente, le dió una fuerte reprensión y la tuvo reclusa unos cuantos días.

* * *

ES PRECISO TERMINAR.—Cerramos el capítulo de la poesía con las fecundas y hermosas máximas que tenía la Santa Madre escritas en un registro de su breviario:

Nada te turbe:
Nada te espante:
Todo se pasa;
Dios no se muda.
La paciencia todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene nada le falta,
Sólo Dios basta.

V

PANEGIRISTA

«No puedo sufrir que nos mostremos desagradecidas con quien nos ha hecho bien. Me acuerdo que cuando nos querían engañar en una casa que nos vendían, el P. Garci-Alvarez nos desengañó y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo y el trabajo de que nos libró: y siempre nos pareció siervo de Dios. Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida: debe de ser natural que con una sardina que me den me sobornarán.»

DE CONDICIÓN AGRADECIDA.—Si Santa Teresa lo era tanto de su natural y se esforzaba en corresponder con creces a todos los que le hacían bien, ¿qué sentimientos de tan vivísima gratitud no reservaría su nobilísimo corazón para los que le ayudaron a llevar a feliz término sus magnas empresas o dirigieron su espíritu por los caminos de la verdad a lo más encumbrado de la perfección?

Para las Ordenes religiosas, Prelados, sacerdotes, familias y particulares, para todos los que de algún modo fueron sus bienhechores, tiene en sus inimitables cartas



AVILA.—Aposento convertido en capilla, donde habitó la Santa más de treintisiete años

y relaciones frases de gratitud y delicada correspondencia, verdaderamente reveladoras de su natural atento y agradecido.

Los personajes por nosotros escogidos, entre centenares que estuvieron en trato frecuente y continuo con la Santa, tienen ya de por sí mucho relieve y naturalmente ha de interesar el concepto que la misma formara de todos ellos.

SUS PADRES.—«Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y aún los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Hombre de mucha caridad

con los pobres y piedad con los enfermos, y aún con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar, muy honesto en gran manera.»

«Con estar yo hartó mala, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.

Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremaunción, el encargarnos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera.

Tengo por muy cierto que quince días antes le dió el Señor a entender no había de vivir. Estuvo tres días muy falto de sentido. El día que murió se lo tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del Credo, diciéndole él mismo, expiró. Quedó como un ángel...

Decía su confesor que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.»

«Mi madre también tenía muchas virtudes. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso della, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente.»

* * *

FELIPE II.—«Su divina Majestad le guarde tantos años como la Cristiandad ha menester. Harto gran alivio es que para los trabajos y persecuciones que hay en ella, que tenga Dios nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Iglesia, como vuestra Majestad es.»

«Si vuestra Majestad no manda poner remedio, no sé en qué ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra. Plega a nuestro Señor nos dure muchos años.»

«Hízome tanta merced el rey, que, en escribiéndole yo, mandó que se diese (la licencia), que es al presente D. Felipe, tan amigo de favorecer los religiosos, que entiende que guardan su profesión, que como hubiese sabido la manera del proceder de estos monasterios y ser de la primera regla, en todo nos ha favorecido; y así, hijas, os ruego yo mucho, que siempre se haga particular oración por su Majestad, como ahora la hacemos.»

* * *

PADRE GRACIÁN.—«Este siervo de Dios, que verdaderamente lo es, nos tiene tan edificadas a todas, que siempre me escriben en los monasterios que visita que los deja con nuevo espíritu.»

«Yo hé lástima de lo que este siervo de Dios padece y con la rectitud y perfección que va en todo; que verdaderamente me ha parecido un hombre enviado de Dios y de su bendita Madre, cuya devoción, que tiene grande, le trajo a la Orden para ayuda mía.»

Y escribiendo la Santa Madre a Felipe II, se lo recomienda con las encomiásticas frases siguientes:

«Harto nos haría al caso si en estos principios se encargase a un padre descalzo que llaman Gracián, que yo he conocido ahora. Aunque mozo, me ha hecho harto alabar a nuestro Señor lo que ha dado a aquel alma y las grandes obras que ha hecho por medio suyo, remediando a muchas; y así creo que le ha escogido para gran bien en esta Orden.»

* * *

P. GASPAR DE SALAZAR, S. J.—«Estando un día con grande aflicción, díjome el Señor que presto acabaría aquella pena. Después ví claro era la venida de este Retor que digo. Fuéme a ver este Retor, y mandóme el confesor que tratase con él con toda libertad y claridad. En entrando en el confesionario, sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque ha hecho gran provecho a mí y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr y no ir paso a paso. En esto le dió el Señor grandísimo talento. Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo y ví ser un alma pura y santa y con don particular del Señor para conocer espíritus; consolóme mucho.»

P. FR. PEDRO IBÁÑEZ, O. P.—«Otra vez ví estar a Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado de esta misma Orden (de Santo Domingo). Díjome que por el servicio que le habia hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fué, porque lo que vivió fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado a su muerte, que antes que expirase le dijo como estaba con él Santo Tomás. Murió con gran gozo. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria. Escribíome poco antes que muriese, que ¿qué medio ternía? porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido toda su vida.»

* * *

FRANCISCO SALCEDO.—«...Y procuré por medio de un caballero santo que hay en este lugar. Es casado, mas de vida tan ejemplar y virtuosa y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección. Mucho entendimiento y muy apreciable para todos, su conversación no

pesada, tan suave y agraciada, junto con ser tan recta y santa, que da contento grande a los que trata. Pues este bendito y santo hombre con su industria me parece fué principio para que mi alma se salvase.»

«Esta vez quedé concertada con este caballero santo para que alguna vez me viniere a ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruín como yo. Decíame este santo (que a mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas, que a él le parecía que lo eran con su humildad para mi remedio. Y mirado conforme a su estado, no era falta ni imperfección, y conforme al mío, era grandísima tenerlas. Yo le comencé a tener tan grande amor. que no había para mí mayor descanso que el día que le veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruín no me veía.»

«No piense que es tiempo perdido escribirme, que lo he menester a ratos, a condición que no me diga tanto de que es viejo, que me dá en todo mi seso pena; como si en la vida de los mozos hubiera alguna seguridad. Désela Dios hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto.»

«No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados, mas harto más pudiera yo alargarme en dar por ver a vuestra merced. Verdad es que merece más precio, que ¿una monjilla pobre quién la ha de apreciar? Vuesa merced, que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto, algo más es de apreciar.»

«La dicha aloja dice que la hay aquí muy buena; mas como no tengo a Francisco de Salcedo, no sabemos a qué sabe, ni lleva arte de saberlo.»

* * *

P. DOMINGO BÁÑEZ, O. P.—«Llegando a la posada, supe que estaba en el lugar un fraile dominico, muy gran siervo de Dios, con quien yo me había confesado en el tiempo que había estado en San José. Porque en aquella fundación traté mucho de su virtud, aquí no diré más del nombre, que es el maestro Fray Domingo Báñez: tiene muchas letras y discreción, por cuyo parecer yo me gobernaba, y al suyo no era tan dificultoso, como en todos los que iba a hacer; porque quien más conoce de Dios, más fácil se le hacen sus obras. Dióme gran consuelo cuando le ví; porque con su parecer todo me parecía iría acertado.»

* * *

P. GRANADA.—«De las muchas personas que aman en el Señor a vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Majestad, y por haberle dado a vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, yo soy una.

Y entiendo de mí que por ningún trabajo hubiera dejado de ver a quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme a mi estado, y ser mujer.

Me he atrevido muchas veces a pedir a nuestro Señor la vida de vuestra paternidad sea muy larga. Plegue a su Majestad me haga esta merced, y vaya vuestra paternidad creciendo en santidad y amor suyo. Amén.»

P. ALVAREZ, S. J.—«Dícenme estará ahí presto, si no lo está ya, un provincial que ahora han hecho en esta provincia de la Compañía. Sepa vuestra merced que es uno de los mayores amigos que tengo. Hame confesado algunos años; procure vuestra merced hablarle, que es un santo, y hacerme merced, en viniendo, darle esa carta mía en su mano, que no sé por dónde la pueda guiar mejor. Gufe nuestro Señor a vuestra merced en todas sus cosas, amén.»



El Señor atado a la columna se aparece a Santa Teresa

SAN PEDRO ALCÁNTARA.—Quéjase la Santa porque no había verdaderos servidores de Jesucristo y suspira porque haya un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, y añade: «Y ¡qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día. Lo que dormía era sentado, la cabeza

ahirmada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Tan modesto que le había acaecido estar tres años en una casa de su orden, y no conocer fraile, si no era por la habla»... «Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento»... Fué su fin como la vida..., dijo el Salmo de *Lætatus sum*, e hincado de rodillas murió. Después... héle visto muchas veces con grandísima gloria».

* * *

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«Certificolas, que estimara yo tener por aquí a Fray Juan de la Cruz, que de veras lo es de mi alma, y uno de los que más provecho le hacía el comunicarle. Háganlo ellas, mis hijas, con toda llaneza, que aseguro la pueden tener como conmigo misma y que les será de grande satisfacción, que es muy espiritual y de grandes experiencias y letras. Por acá le echan mucho menos las que estaban hechas a su doctrina. Den gracias a Dios que ha ordenado le tengan ahí tan cerca. Ya le escribo les acceda, y sé de su gran caridad, que lo hará en cualquiera necesidad que se ofrezca.»

«En gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues tiene allá a mi padre Fray Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino; pues yo le digo a mi hija, que después que se fué allá, no he hallado en toda Castilla otro como él ni que tanto fervore en el camino del cielo. No creará la soledad que me causa su falta. Miren que es un gran tesoro el que tienen allá en ese santo, y todas las de esa traten y comuniquen con él sus almas, y verán qué aprovechadas están y se hallarán muy adelante en todo lo que es espíritu y perfección; porque le ha dado nuestro Señor para esto particular gracia.»

«Hable vuestra merced a este padre, suplicóselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá falta, porque es cuerdo y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque há poco tiempo. Yo que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le he visto una imperfección. Torno a pedir en limosna a vuestra merced me hable de este padre. Tiene harta oración y buen entendimiento.»

VI

DEVOCIONES

Quien de tan generosa manera págaba los desvelos y finezas de los bienhechores de la tierra ¿qué reservaría para los del cielo? Los tenía muy especiales, pero no citaremos siquiera sus nombres, porque nos place que la Seráfica Doctora, después de una simple conmemoración del Patriarca San José y de la Virgen Santísima, nos recree los oídos y endulce el paladar con música de paraíso, que tal parece su regaladísima prosa cuando celebra las inefables anonadaciones e infinitas bondades del Amor Sacramentado.

SAN JOSÉ.—«Tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él: ví claro, que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad.»

* * *

LA VIRGEN SANTÍSIMA.—«Mas bien sabe su Majestad, que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio, sino llegarme a ella, y confiar en los méritos de su Hijo, y de la Virgen Madre suya. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente; y así no tenéis para qué os afrentar de que sea yo ruín, pues tenéis tan buena Madre. Imitadla...»

* * *

JESÚS SACRAMENTADO.—«Cuando ya veo una Majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es así, que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme a él, si el que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me le diese; ni sería posible disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas. ¿Pues qué sentirá una miserable como yo,... de verse llegar a este Señor de tan gran Majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo?...»

«¡Oh, Señor mío! Mas, si no encubriéades vuestra grandeza ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor; alábenos todos los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder.»

«Nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor, y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos.»

* * *

LA SAGRADA COMUNIÓN Y SUS EFECTOS.—«Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si podría encarecer. Acaecióme

una mañana, que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué a la iglesia, dióme un arrobamiento grande... Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar; parecióme había sido muy breve espacio, espantéme cuando dió el reloj y ví que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria.»

«Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, ¿cuánto más de tantas? Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos a El, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes tapados los ojos de los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpetuas!»

«Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje.»

«Estaos vos de buena gana con El, no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad, que éste es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús, que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que nuestro Maestro es, no os dejará de enseñar, aunque no lo entendáis, que si luego lleváis el pensamiento a otra parte y no hacéis caso, ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Este, pues, es un buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos y le besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habéis de pedir, mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos el retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabéis para cuando es muy bueno y santísimo, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona, y quiere darnos a entender que lo está con muchas sequedades, es gran regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos.»

«Merezcamos pedir el nuestro pan celestial; de manera, que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se descubra a los del alma, y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida.

¿Pensáis que no es mantenimiento, aún para estos cuerpos, este santísimo manjar y gran medicina, aún para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando mu-



LA TRANSVERBERACIÓN

(Cuadro de Velázquez)

chas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos, que no se podían fingir, a mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo Pan en los que dignamente le reciben son muy notorias, no digo muchas, que pudiera decir desta persona, que he dicho, que lo podía yo saber, y sé que no es mentira.»

«Algunas veces, y casi de ordinario, al menos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas veces en llegando al Sacramento, y luego a la hora quedaba tan buena alma y cuerpo, que yo me espanto: no me parece, sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado.»

* * *

Escribe Fray Luis de León:

«Lo que yo della experimenté diré aquí: Confeséla y comulgúela dos veces, cuando dije que la topé en Osma: y como la veía descubierta, pude experimentar... lo que en sus monasterios no podía haber visto. Que con llegar a comulgar con color de tierra, así por su edad, que era de sesenta y siete años, como por sus grandes y continuas enfermedades, trabajos y ayunos y vómitos, en recibiendo en la boca a Nuestro Señor, antes de tragar el Sacramento, se le ponía el rostro hermosísimo y de un color trasparente, y quedaba con una majestad y gravedad tan grande, que a mí me causaba gran reverencia, porque mostraba bien el Huésped que había recibido y cuán bien aposentado estaba.»

* * *

ULTIMA COMUNIÓN.—Lo que sigue es de una religiosa que presenció la gloriosa muerte de la Santa.

«Estando para morir, al acercarse el Santísimo Sacramento, con estar tan rendida, se levantó encima de la cama, de rodillas, sin ayuda de nadie; y poniéndosele el rostro con grande hermosura, e inflamada en el divino amor, con gran demostración de espíritu y alegría, dijo al Señor cosas tan altas y divinas, que a todos ponía gran devoción; entre otras cosas le oí decir:—Señor mío y esposo mío, ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya de que nos veamos, amado mío y Señor mío, ya es tiempo de caminar; vamos muy enhorabuena; cúmplase vuestra voluntad; ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce de Vos que tanto ha deseado.

Después de haber recibido a Nuestro Señor le daba muchas gracias, porque la había hecho hija de la Iglesia y porque moría en ella.»

VII

DOCTORA MÍSTICA

Es glorioso título con que se honra a Santa Teresa, y le reconocen los sabios, y a cuyo magisterio se han sometido pueblos enteros y generaciones de creyentes.

* * *

«Toda la pretensión de quien comienza oración... ha de ser trabajar y determinarse y disponer con cuantas diligencias pueda hacer su voluntad conformar con la de Dios;... en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual... Si erramos en el principio, queriendo luego que el Señor haga la nuestra, y que nos lleve como imaginamos, ¿qué firmeza puede llevar este edificio?»

«...Tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez o otra no nos deja de llamar, para que nos acerquemos a El; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda; y así, como digo, es más trabajo, que no lo oír.»

La Santa se propone una cuestión difícil de las divinas letras y hace el siguiente jugoso comentario:

«Esto no entiendo cómo es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto... ni la hacen tener respeto a su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho, que, cuando leyéreis algún libro, y oyéreis sermón o pensáreis en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéreis entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo: no es para mujeres, ni aún para hombres muchas cosas... sino alegrarnos, de, considerando que tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya tendrá en sí mil misterios, y así su principio no entendemos nosotros.»

«Y a mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes...»

«Pues si nunca le miramos, ni consideramos lo que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas, y sin ir llegada al valor de los merecimientos de Jesucristo bien nuestro, ¿qué valor pueden tener?»

«Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se le diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara?»

CAMINO PAPA LA SANTIDAD.—Preguntó una hermana cómo lo haría para ser santa, y le dijo:—«Hija, ahora iremos a una fundación y allí se lo enseñaré.» Y como idos a ella se le ofrecieron muchos trabajos; y diciéndoselos la hermana, la Santa le respondió:—«Hija, ¿pues no me decía la enseñase a ser santa? pues así lo ha de ser;»—dándole a entender que en los trabajos padecidos por Dios está la santidad.

«Vuestra reverencia tenga paciencia, pues la ha dado el Señor tanto deseo de padecer, alégrese de cumplirle en eso, que yo entiendo no es pequeño trabajo. Si hubiésemos de andar a escoger los que queremos y dejar los otros, no sería imitar a nuestro Esposo, que, con sentir tanto en la oración del Huerto su pasión, el remate era: *Fiat voluntas tua*. Esta voluntad hemos menester hacer siempre, y haga El lo que quisiere de nosotros.»

«Iré al cabo del mundo, como sea por obediencia; antes creo, mientras mayor trabajo fuese, me holgaría más de hacer siquiera alguna cosita por este gran Dios, que tanto debo; en especial creo es más servirle, cuando sólo por obediencia se hace.»

«Pensaba yo ahora si es cosa en que hay alguna diferencia la voluntad y el amor. Y paréceme que sí, no sé si es bobería; paréceme que es el amor una saeta que envía la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en sólo Dios, muy de verdad debe de herir a su Majestad; de suerte que metida en el mismo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias.»

«... Sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto a Vos, ¿qué valgo? Si me desvío un poquito de vuestra Majestad, ¿a dónde voy a parar? ¡oh Señor mío y misericordia mía y bien mío! y ¿qué mejor quiero yo en esta vida que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndos tan junto?... Y así os suplico con San Agustín, con toda determinación, que *me deis lo que mandaréis, y mándame lo que quisieres*: no volveré las espaldas jamás con vuestro favor y ayuda.»

«Plega al Señor siempre vaya vuestra merced adelante en su servicio: que pues no hay tasa en el galardonar, no ha de haber para en procurar servir a el Señor, sino cada día un poquito siquiera ir más adelante y con fervor, que parezca, como es así, que siempre estamos en guerra, y que hasta haber victoria, no ha de haber descanso ni descuido.»

«Bien se les parece ser siervos de Dios, pues es el mayor regalo que nos puede hacer mientras vivimos; pues si para algo es buena vida tan breve, es para con ella ganar la eterna.»

«Una de las grandes faltas que tengo es juzgar por mí en estas cosas de oración; y así no tiene vuestra merced que hacer caso de lo que dijere; porque le dará Dios otro talento que a una mujercilla como yo. Considerando la merced que Nuestro Señor me ha hecho de tan actualmente traerle presente, y, que con todo eso, veo cuando tengo a mi cargo muchas cosas que han de pasar por mi mano, que no hay persecuciones y trabajos que así me estorben. Si es cosa que me puedo dar prisa, me ha acaecido y muy de ordinario, acostarme a la una y a las dos y más tarde, porque no esté el alma después obligada a acudir a otros cuidados, más que al que tiene presente.»

¡VAYA SI ENTENDÍA DE ORACIÓN!.—Quiere exponer cuatro modos de orar y válese de una hermosísima comparación.

«Pues veamos ahora de la manera que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha de costar. (Considera al alma como un huerto y a nosotros hortelanos. El Señor ha arrancado las malas hierbas y ha sembrado las buenas. El alma que se determina a tener oración es como el hortelano que procura crezcan estas plantas y tiene cuidado de regarlas para que no se pierdan). «Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras: o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; o con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo la he sacado algunas veces, es a menos trabajo que estotro, y sácase más agua; o de un río o arroyo, esto se riega muy mejor..., y es menos trabajo mucho del hortelano; o con llover mucho que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro. Ahora, pues, aplicada estas cuatro maneras de agua de que se ha de sustentar este huerto..., es lo que a mí me hace al caso, y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración...»

«De los que comienzan a tener oración, podemos decir son los que sacan agua del pozo; que es muy a su trabajo, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo.»

«Digamos ahora el segundo modo de sacar el agua... Pues este modo, aplicado a la oración de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza a recoger el alma... Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno y trabajar con el entendimiento e henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua más alta, y así se trabaja muy menos que en sacarla del pozo; digo que está más cerca el agua, porque la gracia dáse más claramente a conocer al alma.»

«Vengamos ahora a hablar de la tercer agua con que se riega esta huerta... Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano, de manera que casi El es el hortelano y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado, es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; quería gozar de grandísima gloria.»

«El Señor me enseñe palabras cómo se puede decir algo de la cuarta agua... Acá no hay sentir, sinó gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, a donde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien...»

* * *

«No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes... y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. Estas dejarán esta tierra seca regada, y son gran ayuda para dar fruto: mientras menos caso hiciéramos de ellas, más; porque es agua que cae del cielo la que sacamos: cansándonos en cavar para sacarla, no tiene que ver con esta, que muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, cuánto más pozo manantial.»

SUSPIRANDO POR LA PATRIA. — «¡Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme a donde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos a quien Vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo y tienen viva fe de lo que el Padre Eterno les tiene guardado?... Los que participan de los regalos de Dios no es mucho que deseen estar a donde no los gocen a sorbos, y que no quieran estar en vida a donde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar a donde no se les ponga el Sol de Justicia.»

* * *

A SUS MONJAS DE ÁVILA POCO ANTES DE MORIR. — «Hijas y señoras mías: Perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan a sus Superiores.»

* * *

Terminamos con unos cuantos *Avisos* de la celestial Maestra que deberíamos aprender de memoria cuantos hacemos vida de comunidad.

—«La tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre.

—Acomodarse a la complexión de aquel con quien trata; con el alegre, alegre, y con el triste, triste: en fin, hacerse todo a todos para ganarlos a todos.

—Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho; y entonces sea con humildad y con consideración que aquellos dones son de la mano de Dios.

—Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderación decir lo que siente.

—En todas las pláticas y conversaciones siempre mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones.

—Cuando alguno hablare cosas espirituales, oígalas con humildad y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere.

—No comer ni beber sino a las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias a Dios.

—Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa.

—Lo que medita por la mañana, tráigalo presente todo el día; y en esto ponga mucha diligencia, porque hay grande provecho.

—Huya siempre la singularidad, cuanto le fuere posible, que es mal grande a la comunidad.

—Nunca muestre devoción de fuera que no haya dentro; pero bien podrá encubrir la indevoción.

—De la comida, si está bien o mal guisada, no se queje, acordándose de la hiel y vinagre de Jesucristo.

—Delante de su superior (en el cual debe mirar a Jesucristo) nunca hable sino lo necesario, y con gran reverencia.

—Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos.



AVILA.—Convento de San José, primera fundación de Santa Teresa

—Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario manda otro, sino piensa que todos tienen santos fines y obedece a lo que te manda.

—Cosa particular de comida o vestido no la pida, sino con gran necesidad.

—El día que comulgare, la oración sea ver que siendo tan miserable ha de recibir a Dios, y la oración de la noche, de que le ha recibido.

—Mirar bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios, que no se muda.

—Cada vez que comulgare, pida a Dios algún don por la gran misericordia con que ha venido a su pobre alma.

—Aunque tenga muchos santos por abogados, séalo en particular de San José, que alcanza mucho de Dios.

—Acuérdate que no tienes más de un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve y una que es particular: ni has más de una gloria, y ésta eterna, y darás de mano a muchas cosas.

—Tu deseo sea de ver a Dios; tu temor, si le has de perder; tu dolor, que no le gozas; y tu gozo de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.»

VIII

LA FAVORECIDA

Después de contarnos Santa Teresa, con ingenua sencillez, sus humillaciones y sufrimientos, enfermedades y trabajos de todo género, puede, con toda propiedad, decir como San Pablo: «Si es necesario gloriarse, vendré a las visiones y revelaciones del Señor.» Las tuvo admirables. Jesús quiso recompensarle, aun en vida, las generosidades de su nobilísimo y sacrificado corazón. Los testimonios que dará, para nuestra edificación, justificarán el título de *favorecida*, con que la distinguimos.

OLOR A CIELO.—Tomamos del médico Dr. Polanco: «Muchos fueron los que percibieron el buen olor que despedía la Santa tanto en vida como después de su muerte. Estando una noche en casa de una señora de Palencia, le sacó un niño que tenía para que le echase la bendición, y después decía el niño:—Ay, madre, cómo huelen las manos de aquella santa».

TESTIMONIO DE UNA RELIGIOSA.—Estando en Alba, enferma de la enfermedad de que murió nuestra santa Madre, sucedió, que mandaron los médicos se le echase una melecina de aceites de la botica, todos de malísimo olor, y al mismo tiempo de recibirla se derramó toda por la cama de la Santa, y en este punto acertó a llamar la señora duquesa de Alba, que como la tenía por santa, venía muy a menudo a visitarla y darle la comida de su mano.

Congojóse mucho la Santa por ver que venía a tan mal tiempo, por causa del mal olor, y yo le dije:—No tenga pena, madre, que antes huele como si hubiera rociado con agua de ángeles. Y era así, que oía con gran fragancia, y la Santa respondió:—Alabado sea Dios, hija; cubra, cubra, porque no huela mal y ofenda a la duquesa, que harto me holgara que acá no viniera.

En entrando la duquesa se sentó luego, y comenzó a abrazar a nuestra santa Madre, y juntarle la ropa, y ella la dijo:—No haga vuestra excelencia eso, que huele muy mal, con unos remedios que aquí me han hecho:—la cual respondió:—No huele sino muy bien, y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles, y le puede hacer mal.

Y termina la religiosa que proporcionó tan importantes datos: Y como yo se le oí decir a su excelencia, reparé en ello, y me pareció que era milagro.

* * *

PREDESTINADA.—«¡Oh quién pudiera dar a entender bien a V. S. la quietud y sosiego con que se halla mi alma! porque de que ha de gozar de Dios tiene ya tanta certidumbre, que le parece que ya le ha dado posesión; aunque no el gozo; como si uno hubiese dado una gran renta a otro, con muy firmes escrituras, para que la gozara de aquí a cierto tiempo y llevara los frutos; mas hasta entonces no gozaba sino de la posesión que ya le han dado, de que gozará esta renta; y con el agradecimiento que le queda no la querría gozar, porque le parece no lo ha merecido, sino servir, aunque sea padeciendo mucho; y aun algunas veces parece que de aquí a la fin del mundo sería poco para servir a quien le dió esta posesión; porque a la verdad, ya en parte no está sujeta a las miserias del mundo, como solía; porque, aunque pasa más, no parece que es sino como en la ropa; que el alma está como en un castillo con señorío, y así no pierde la paz.»

* * *

ARROBAMIENTOS Y ESPÍRITU DE PROFECÍA.—Escribe Fr. Luis de León:

«Aconteciale de sólo oír nombrar a Dios, quedar por muchos ratos arrobada; y leyendo de noche las lecciones de los maitines, con sólo este nombre quedarse así en pie, con la linterna en la mano, hasta que Dios la dejaba volver en sus sentidos.»

—

«Comuniquéla muchos años, escribióme muchas cartas de gran edificación, díjome de propósito algunas mercedes que Dios le hizo y otras que con descuido se le caían de las manos, y yo las cogía, con mucha advertencia. Dióla tanta luz, que, según lo que de ella experimenté, presumo que conocía los pensamientos y las cosas que estaban por venir.»

* * *

GRAN CONFIANZA QUE LE INSPIRÓ EL SEÑOR.—«Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo teniale gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Aparecióme como otras veces, y comencóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne: veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y díjome, que quien aquello había pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haría lo que le pidiese, que él me prometía, que

ninguna cosa le pidiese, que no la hiciese, que ya sabía él que yo no pediría sino conforme a su gloria, y que así haría esto, que ahora pedía. Que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir: que cuán mejor lo haría ahora que sabía le amaba, que no dudase desto. No creo pasaron ocho días, que el Señor no tornó la vista a aquella persona.»

* * *

PODER DE LAS ORACIONES DE LA SANTA.—«En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas a más perfección, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas, que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos.»

«Acaeció, estando yo aquí (Toledo) darle el mal de la muerte a una hermana: recibidos los Sacramentos, y después de dada la Extremaunción, era tanta su alegría y contento, que así se le podía hablar, en como nos encomendase en el cielo a Dios y a los santos que tenemos devoción, como si fuera a otra tierra. Poco antes que espirase entré yo a estar allí, que me había ido delante del Santísimo Sacramento a suplicar al Señor la diese buena muerte; y así como entré, ví a su Majestad a su cabecera, en mitad de la cabecera de la cama: tenía algo abiertos los brazos, como que la estaba amparando y díjome: «Que tuviese por cierto, que a todas las monjas que muriesen en estos monasterios, que Él las ampararía así, y que no hubiese miedo de tentaciones a la hora de la muerte». Yo quedé harto consolada y recogida. Dende a un poquito llegué a hablar, y díjome: «¡Oh madre, y qué grandes cosas tengo que ver!

* * *

EFICACIA DEL AGUA BENDITA.—«Estaba una vez en un oratorio, y aparecióme el demonio hacia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo... Yo tuve gran temor, y santiguéme cómo pude, y desapareció, y tornó luego. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita, echéla hacia aquella parte, y nunca más tornó.

De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más, para no tornar; de la cruz también huyen, mas vuelven luego; debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo... Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito.»

* * *

VISIÓN DEL INFIERNO.—«Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado... Ello fué en brevísimo espa-



MI HONRA ES TU HONRA, Y LA TUYA MÍA

cio. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro y angosto: el suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él:... Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí... Sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar,... no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar... El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores... Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve... Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy ahora escribiendo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí donde estoy.»

* * *

ESPANTOSO SACRILEGIO.—«Llegando una vez a comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví a mi Señor con la Majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas... ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de vos, que de buena gana parece que huyeran, si vos los dejáredes ir. Díome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar... Díjome el mismo Señor, que rogase por él y que lo había permitido, para que entendiése yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo Dios no deja de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros...»

* * *

GRACIAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN Y SAN JOSÉ.—«Fué grandísimo consuelo para mí, el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia, antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, ví a Cristo que con grande amor me pareció me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre. Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de completas, ví a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco y debajo de él parecía ampararnos a todos: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las de esta Casa».

«La vispera de San Sebastián, el primer año que vine a la Encarnación a ser Priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y ponerse allí. A mi parecer, no ví la imagen entonces, sino esta

Señora que digo. Parecióme se parecía algo a la imagen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíame estaban encima de las camas de las sillas y sobre los antepechos, muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuvo así toda la Salve y díjome: *Bien acertaste en ponerte aquí; yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré.* Después de esto quedéme yo en la oración que traigo, de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona del Padre me llegaba a Sí y me decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: *Yo te dí a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen. ¿Qué me puedes dar tú a mí?»*

«Estando en estos mismos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruín vida: vínome un arrebataimiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aún paréceme que no pude ver alzar ni oír misa, que después quedé con escrúpulo desto. Parecióme estando así que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía; después ví a nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi Padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora... Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tiznè, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que ví en nuestra Señora...»

* * *

JESÚS CON CORONA DE GLORIA. — «Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma, en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele. Y estando yo mirándole, ví que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella, que debía de ser donde hicieron llaga, tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso, consolóme mucho, y comencé a pensar qué gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme lástima. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba a todo. Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas casas, que, con las almas de ellas tenía El descanso, que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener a donde, no le servían. Y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras. Y que procurase anduviesen

todas debajo de un gobierno de Prelado, y que pusiese mucho que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que El nos ayudaría para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada que no proveyese y regalase a la enferma, era como los amigos de Job; que El daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación de estas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina nunca había entendido nada para escribir su fundación. Díjome que ¿qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa? Quiso decir, que haciéndolo solo Él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné a ponerlo por obra.»

* * *

LA TRANSVERBERACIÓN.—«Veía un ángel cabe mí, hacia el lado izquierdo, en forma corporal...; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles más subidos, que parece todos se abrasan...»

Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba hasta las entrañas; al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad, que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios... Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.»

* * *

EL ANILLO DE ESPOSA.—«Estando una vez en el convento de Veas me dijo Nuestro Señor, que pues era su Esposa, que le pidiese: que me prometía que todo me lo concedería cuanto yo le pidiese, y por señas me dió un anillo hermoso con una piedra a modo de amatista, mas con un resplandor muy diferente de acá, y me lo puso en el dedo. Esto escribo por mi confusión viendo la bondad de Dios y mi ruin vida, que merecía estar en los infiernos.»

* * *

OTRA VEZ EL OLOR A CIELO.—«Era tan grande el olor que echaba de sí el cuerpo de la Santa, después de muerta, que teniendo la puerta seglar abierta, y estando allí todas las religiosas, después de haber besádole los pies caballeros, eclesiásticos, con los religiosos y órdenes y la gente del pueblo, se decían unos a otros: Señores, esto es cosa del cielo; ¿no notan ese olor tan divino que sale de esta Santa? Lleguen, lleguen y huelan.»

A este punto llegó un simple hombre, criado de nuestra casa, y después de haberla besado los pies, delante de todos, alzó la voz, y dando palmadas con las manos, dijo: —¡Válgame Dios, señores, y cómo huelen los pies de esta Santa a zamboas, a limones, a cidras, a naranjas y jazmines!—Con que quedamos todos admirados de ver que hubiese advertido tanto aquel simple.»



¡LOOR A SANTA TERESA!

ARENKA

*Todos los que militáis
Debajo de esta bandera
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues que no hay paz en la tierra.*

—
*Ya como capitán fuerte
Quiso nuestro Dios morir,
Comencémosle a seguir,
Pues que le dimos la muerte;
¡Oh, qué venturosa suerte
Se le siguió de esta guerra!
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues Dios falta de la tierra.*

—
*Con grande contentamiento
Se ofrece a morir en cruz,
Por darnos a todos luz
Con su grande sufrimiento.
¡Oh glorioso vencimiento!
¡Oh dichosa aquesta guerra!*

*Ya no durmáis, ya no durmáis,
Pues Dios falta de la tierra.*

—
*No haya ningún cobarde,
Aventuremos la vida
Pues no hay quien mejor la guarde—
Que el que la da por perdida.
Pues Jesús es nuestra guía
Y el premio de aquesta guerra;
Ya no durmáis, ya no durmáis,
Porque no hay paz en la tierra.*

—
*Ofrezcámonos de veras
A morir por Cristo todas,
Y en las celestiales bodas
Estaremos placenteras;
Sigamos estas banderas,
Pues Cristo va en delantera,
No hay que temer, no durmáis,
Porque no hay paz en la tierra.*

STA. TERESA DE JESÚS.

•••••

PARA TERMINAR

•••••

Ahora se trata de escribir unas frases en alabanza de nuestra Santa, pero yo no sé nada, ni sirvo para nada, y de mi propia cosecha no puede esperarse nada que valga la pena de leerse; mas en la necesidad de cumplir un encargo, me dediqué a *rebuscar* entre papelotes mugrientos y pergaminos del mismo color, y la tarea, francamente, no fué del todo infructuosa.

* * *

El primer papel, en que puedo leer algo, data de una fecha, que se la comió la polilla, pero es un papel importante, porque está suscrito por un tal Fray Juan Bautista, general de la Orden de Nuestra Señora del Carmen. Entre claro y oscuro leo: «Ella (Santa Teresa) hacía más provecho a la Orden, que todos los frailes carmelitas de España.» No se puede

decir más en menos palabras. Pero... al fin y a la postre se trata de uno de casa, que no ha de hablar mal de la familia.

Torno a desatar legajos y ¡dicha mía! encima de todos los papelotes encuentro uno, que es de puño y letra del mismísimo Báñez, de aquel famoso teólogo, que sostuvo tan terribles batallas teológicas con el otro, también de nombre, Molina. Enseguida se me ocurrió, ¿pero éste no era confesor de la madre Teresa? Algo bueno habrá aquí. ¡Y vaya, si acerté! «¡En todo el tiempo que la traté, dice, jamás vi en ella cosa contraria a virtud, sino la mayor sencillez y humildad, que jamás vi en otra persona, y en todo ejercicio de virtud, así natural, como sobrenatural, era singularísimo ejemplo a todos los que la trataban.» Pues éste también dice algo, pensé para mis adentros, y con las manos continué revolviendo en el mismo legajo y sacando la mar de testimonios, que dicen lo mismo, pero firmados, fíjate lector, por Juan de la Cruz, Pedro Alcántara, Juan de Avila, Francisco de Borja, Luis de Granada, Juan de Montalvo, de Santotís, de Miranda, de Astudillo, Molina, del P. Francisco Rodríguez, de don Diego de Montalvo, confesor de Felipe II y Obispo de Tarazona, después del eximio Suárez, de Melchor Cano, de los grandes y nobles de España, de D. Diego de Silva, de la duquesa de Alba y de la de Gandía, etc., etc. Y del grande respeto y veneración, que infundía hasta su presencia, habla un recorte *escrito al acero*, por lo bronceado de su tinta, y firmado por D. Pedro Manso, Magistral de Burgos: «y llegué a ella con tanto temor y respeto, que bien juzgué llegaba a hablar a una gran santa y amiga de Dios, y se me conmovieron las entrañas y espeluznaron los cabellos de miedo y reverencia.» No les ocurría así a los pequeñuelos; por el contrario, viendo a la Santa, no lloraban ni eran impertinentes, sino que les gustaba estar junto a ella, porque despedía de su cuerpo un olor muy agradable.

* * *

Pero si así hablaba de Santa Teresa la gente, que, podemos decir, la *tuteaba*, también hablaron alto los de arriba, los gobernadores y los monarcas. Dejando a un lado los extranjeros, como al piadosísimo rey de Francia, Luis XIII y su augusta madre, que tan repetidos ruegos elevaron al Pontífice Paulo V para recabar de Su Beatitud su pronta canonización, vamos a fijar los ojos en lo que hicieron los nuestros. «Dos veces votó el reino junto en Cortes por patrona y abogada» de España, escribe a los Emmos. Cardenales de Torres y Pío, el Conde Duque de Olivares, pidiendo a Roma la confirmación apostólica. Llegó sí, la deseada bula, expedida por S. S. Urbano VIII. Las Cortes de Cádiz de 1812, que arramplaron con todo lo bueno, respetaron, gracias a Dios, este Patronato.

* * *

Y aquí hubiera terminado mi trabajo, pero ya que he tenido la fortuna de encontrar este *petit* archivo de Simancas, he de aprovecharlo para añadir algunos elogios, que hicieron de sus libros y escritos sus contemporáneos.

«Quien los lee, lee en ellos palabras del Espíritu Santo», dice Güevara. Pero ¡no asustarse! que de los que los ponen inmediatamente después de

los sagrados, tengo un puñado de testimonios, que no desdoble por no ensuciar las cuartillas con el polvo que han recogido de tantas edades, y de los que les dan preeminencia sobre los de la literatura española hasta entonces conocida, también poseo una *porción*, entre los que cuento a Fray Luis de León, que dice «dudaba que en lengua española hubiera escritura, que en sus libros igualase.» Otros los llaman «minas de oro, pedazos de cielo, fuentes de luz de Dios, milagros de portentosa sabiduría, escritos con pluma de plata y tinta de estrellas, etc., etc.»

Y aunque no pertenezcan a su época, añadiré para digno remate los elocuentísimos de los Pontífices Romanos Clemente XIV y León XIII. Dice el primero: «Es (Santa Teresa) un padre de la Iglesia con sus luces y sus escritos... Es un prodigio de sabiduría. Todo lo dijo, todo lo previó y lo enseñó todo»; y el segundo: «En sus escritos, hay cierta virtud, más bien celestial que humana, *maravillosamente* eficaz para promover la enmienda de la vida.....»

* * *

Este es el elogio que mereció nuestra Santa de aquellos sabios y profundos pensadores, santos, poetas y políticos de nuestra edad de oro. ¡Hermoso cántico, cuyo eco aún resuena a través de tantas generaciones...! Ni se ha extinguido, ni se extinguirá jamás en este suelo español la devoción y amor a Teresa de Jesús, a pesar de los rudos combates de los impíos. En vano tal alarde, pues hoy vemos con placer que todo el pueblo español se conmueve y que organiza festejos para conmemorar las fechas gloriosas de la vida de su Santa, lo mismo en las populosas ciudades, que en el rincón más escondido de sus feraces montañas. Todos cantan al Serafín del Carmelo, y las plumas, enmohecidas ya, tornan a correr sobre el papel, y descuelgan sus lirás los poetas y armonizan sus cantos los músicos.....

No hay español, no hay pecho castellano,
que de amor hacia tí no se conmueva.
Para tí fueron las mejores loas
de un confin a otro de la tierra.
Monjes, Reyes, Pontífices y Santos
y Prelados, Ascetas y Doctores:
todos para ensalzarte te ofrecieron
de sus pensiles las mejores flores.
¿Será digno de tí, con éste unido
el homenaje nuestro, Madre mía?
Sino basta aún, por tí haremos
que Angeles en tu honor pulsen sus lirás.

DONACIANO GARCÍA.

